



**Gloria Crespo, 81 años.**  
**Daniel Abanda, 18.**

## Un balcón en el frente de guerra

El horror de la Guerra Civil fue el inseparable compañero de la niñez de Gloria Crespo. Una niñez que no pudo disfrutar con su padre Julián, quien murió cuando solo quedaba un mes para que su mujer, Regina, diera a luz a Gloria en 1924. Nacida en el humilde pueblo de Pezuela de las Torres (Madrid), Gloria partió a los cuatro años de edad junto a su madre y su hermana Juana, que tenía ocho años más que ella, al barrio obrero de Cuatro Caminos. Era uno de los barrios más pobres, especialmente elegido por los fascistas para realizar sus ofensivas desde el principio del conflicto. Allí Gloria vivió algunos de los horrores de la guerra pero no el más violento que más tarde presenciaría.

Las tres vivían en una casa que estaba situada enfrente de un gran solar donde encerraban a los tranvías. Éste fue uno de los frentes de batalla, y es por eso que la integridad de aquella familia se encontraba en constante peligro. Tanto era así, que en el balcón de la casa, Gloria recuerda que su madre colocaba con la ayuda de su hermana y de ella, colchones con el propósito de que ninguna bala consiguiera entrar.

Cuando todavía el enfrentamiento civil no amenazaba el barrio de Cuatro Caminos con la dureza que más tarde sí lo haría, las hermanas Crespo salían a la calle con los demás niños del barrio; pero incluso en esos momentos de juego la sombra de la guerra civil comenzaba a entrar en escena. ¡Hay un besugo! ¡hay un besugo! gritaban los niños del pueblo ¡hay un besugo! para avisar de que un cadáver se había encontrado en los alrededores. Ese cadáver no pertenecía a ningún combatiente, sino a una de las víctimas del llamado paseo -actividad realizada entre 1936 y 1939 por los nacionales, quienes acudían a las casas o lugares donde se encontraba alguno de sus enemigos (aquellos que no compartían sus ideales). Les sacaban a dar un paseo, les llevaban al campo y les fusilaban a sangre fría.- Movidos por la curiosidad, los niños se agolpaban alrededor de la víctima hasta que llegaban los mayores y les echaban.

Se vivieron momentos de mucho miedo. "Fue horrorosa la guerra en Cuatro Caminos, tuvimos que irnos de allí porque cada vez el peligro que corríamos era mayor, y la casa estaba muy deteriorada por los impactos de los proyectiles". Cuando comenzaban a oír los zumbidos de los proyectiles ya fueran las doce de la mañana o las tres de la madrugada, su madre las cogía a ella y a su hermana y se iban corriendo al sótano de una vecina del barrio, hasta que dejaban de escuchar los disparos. Gloria recuerda que una vez su madre la cogió medio desnuda en el baño para llevársela al refugio: "daba igual lo que estuviéramos haciendo, teníamos que ir corriendo con nuestra madre al refugio; era mucho el miedo que teníamos".

Gloria maduró muy pronto. Tuvo que dejar la escuela debido a que su familia no atravesaba un buen momento económico, así que se puso a trabajar. Cuidaba a tres niños de una familia amiga de la suya. Gloria en este trabajo siempre tuvo como referencia a su madre, quien se desvivía por ella y por su hermana. Pero tuvieron que marchar, y se fueron al centro de Madrid, a la calle Colón donde Gloria pasó los peores momentos de su vida. Pasó hambre y mucho miedo, pero nunca le faltó el cariño de su madre, de su hermana y de sus tías.



Un día se enteró de que salían unos trenes a Rusia para llevarse a los niños de aquél infierno de la guerra. Unos amigos de Gloria se apuntaron y ella también lo hizo. Cuando su madre se enteró de que se había apuntado fue corriendo para borrarla. No soportaba la idea de separarse de su hija de la que tanto había cuidado. Gloria lo entendió, al fin y al cabo ella tomó aquella decisión porque los hijos de la portera la habían tomado, pero en realidad desconocía lo que aquella decisión podría haber cambiado su vida.

Pasaba las tardes con diez céntimos que alguna vez le daba su madre. Con ese dinero se compraba una pedazo de pan y una tableta de chocolate, que por aquél entonces le sabía a gloria. Pero los zumbidos de los proyectiles no abandonaron a la familia. Su piso se encontraba próximo al edificio de la Telefónica, y éste era un blanco de las tropas nacionales. Este edificio era utilizado por los republicanos como observatorio militar. Al igual que la familia de Gloria, eran muchas las personas que se mantenían al margen de cualquier disputa entre los dos bandos; no se interesaban por la política porque en aquellos momentos lo esencial era sobrevivir a esa insufrible agonía que aparecía en el ánimo de todos los madrileños cada vez que oían las sirenas. Aquél sonido les avisaba de que los ataques se reanudarían. Los ciudadanos de Madrid parecían hormigas despavoridas que corrían a cualquier refugio que tuvieran más próximo, ya fueran sótanos o los andenes del metro. El ruido del zapateo de las carreras y la respiración acelerada de la gente eran las únicas palabras que se oían en aquellos momentos de pánico.

Regina, Juana, Gloria y sus tías siempre iban al sótano de una vecina, en donde coincidían con muchas personas diferentes con las que compartían un mismo sentimiento de miedo y angustia. Era un lugar seco y diáfano, donde el polvo y el olor a antiguo se hacían notar. Allí solo había unas sillas antiguas, no había nada con lo que se pudiera entretener uno. El temor no les dejaba pensar en ello, solo pensaban en seguir con vida y en volver a sus casas. Fueron muchas las escenas de nerviosismo e histeria. La madre de Gloria tenía ataques de nervios, sus risas y carcajadas convulsas así lo evidenciaban. Gloria se moría de miedo y se quedaba en un rincón del sótano mientras sentía los zambombazos de afuera. Ella tenía todo en aquél sótano, si algo ocurría allí lo perdía todo, su madre, su hermana, sus tías, las amistades del barrio. Temía el día en el que un proyectil alcanzara el sótano, acabando así con la vida de sus seres más queridos y de ella misma. Ese día estuvo muy cerca.

Un triste día de invierno del año 1937, después de un gran estruendo, la sala se llenó de humo, polvo, escombros y restos de yeso. Un proyectil de obús había impactado en la primera planta del mismo edificio en el que estaban refugiados. Gloria estaba bien; su madre, hermana y tías también; nadie había resultado herido. Todos miraban atemorizados el amplio boquete sin saber qué hacer ni cómo reaccionar. Aquella imagen de desconcierto y de temor que Gloria presenció, no se le olvidaría jamás. Así pues, la situación que estaba viviendo aquella familia era insoportable. Lo único que querían era tener un vida normal, alejados de la crueldad de la guerra y deseaban volver a aquella vida que tenían antes de que comenzara ésta.

Un día se les presentó una gran oportunidad. Por suerte Regina contó con la ayuda de su sobrino, quien las invitó a que fueran a Alcalá de Henares donde vivían sus padres que trabajaban para unos guardeses. Se fueron a vivir allí; trabajaban todo el día en el campo, hiciera el tiempo que hiciera. Desde aquella marcha Gloria tuvo que trabajar todos los días con tan solo 12 años. Su madre, su hermana y ella se apuntaron a la



reforma agraria para poder salir adelante. Hoy Gloria, cada vez que se mira sus manos marcadas por la artrosis, recuerda aquellos tiempos de trabajo y de hambre.

Después de vivir en la casa de los guardeses de su tío, Gloria y su familia se fueron a un convento que estaba abandonado allí mismo, en Alcalá de Henares. En ese lugar se toparon con muchas personas que se encontraban en la misma situación que ellas. Compartían historias, sucesos y en definitiva aquellas miserias que habían marcado a cada familia durante la guerra.

La vida para Gloria y los suyos fue muy dura durante la guerra y la posguerra; en ambos periodos pasaron mucha hambre, a pesar de lo mucho que trabajaban. Después de su estancia en Alcalá, en donde pasaron un tiempo viviendo también en una pequeña casita cerca del convento, acabada la guerra, volvieron a Madrid. Vivieron, ya sí, felizmente en el barrio de Las Ventas. Gloria consiguió un trabajo estable en una corsetería a la que acudía en metro, pero no le importaba porque en el viaje siempre coincidía con un apuesto caballero que le alegraba el día. Ese caballero fue su futuro marido con el que compartiría los mejores momentos de su vida. El dolor de la guerra ya había pasado, y ahora le tocaba a ella ser feliz.

## Lo importante de la vida

Gloria nació en 1924. Desde entonces ha vivido momentos muy difíciles y situaciones muy dramáticas, sobretodo en la guerra civil española, que pocos abrían podido superar como ella lo hizo. También ha disfrutado de momentos felices de gran alegría que son los que recuerda con mayor añoranza. Gloria afirma que la vida le ha tratado muy bien, no tiene nada que reprocharle y le da gracias por haber encontrado al hombre de su vida, a su marido Francisco. Él fue el único novio que tuvo y con el que compartió los mejores momentos de su vida. Con él tuvo dos hijos y una hija. Trabajaban muchísimo para mantenerlos, pero a cambio recibían un gran cariño y afecto que siempre le quedará a grabado en la memoria. El apoyo, el respaldo y en definitiva el amor de una familia unida es para Gloria el secreto de la vida, aquello por lo que merece la pena vivirla, porque aunque en casa falte el pan para comer, nunca debe faltar el cariño y el calor de los tuyos. Y desde su infancia Gloria contó con ello. A pesar de que Gloria nunca pudo conocer a su padre, quien falleció a falta de un mes para que ella naciera, su hermana, sus tías y sobretodo su madre Regina supieron cubrir ese vacío con el amor y el respaldo suficiente para superar las adversidades que se encontraba en la vida.

Tras haber vivido 81 años de vida Gloria mantiene una gran interés por asimilar conocimientos. Ya desde pequeña era muy activa para aprender de su madre y de su tía. Aquellos conocimientos le sirvieron para manejarse con destreza en su primer trabajo de niñera, con tan solo 11 años. Según Gloria, la vida ahora es muy diferente. Antes se valoraban más aquellas pequeñas cosas como: tener algo para comer, estar en tu casa calentito y seguro de cualquier amenaza, comprarte unos zapatos nuevos, etc. A pesar de las pocas oportunidades que le dieron, supo aprovecharlas y lo más importante de todo es que nunca se rindió. Ella luchó por mantener vivo el deseo de aprender de los demás y de todo aquello que le rodeaba.

Alrededor de los años 70, Gloria quedó prendida de la magia de la lectura que le ha servido para mantener la mente activa y conocer ese mundo del que le privó la censura franquista. Ahora ella envidia a los jóvenes de hoy, que tienen su futuro en sus



manos. Hoy, desde la experiencia, Gloria nos transmite una gran vitalidad y felicidad que cualquiera que pase una tarde con ella, sabe apreciar y que a uno le deja marcado y con ganas de vivir la vida con mayor intensidad. Todos deberíamos haber vivido algo de lo que vivió Gloria para saber valorar la vida como ella lo sigue haciendo después de tantos años.

